

# DEBATES

# ¿ES AÚN POSIBLE LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD? NOTAS SOBRE LA (NUEVA) HISTORIA CULTURAL

Mauricio Archila  
Departamento de Historia  
Universidad Nacional de Colombia

"En veinte años hemos presenciado dos dramáticas transiciones intelectuales y políticas, ambas han tenido un importante efecto en nuestro trabajo. La primera de ellas fue el resurgimiento del radicalismo en los años sesenta, que nos inspiró y puso el desafío a los intelectuales de nuestra generación de combinar la investigación de campo con las teorías radicales y los métodos que se centraban en la 'gente común'... Hacia la mitad de los ochenta tuvo lugar la segunda transición que combinaba la crisis del marxismo y del socialismo con la resurrección del subjetivismo presente en el feminismo y en el posmodernismo/ posestructuralismo... En el plazo de dos cortos decenios, por tanto, nuestras experiencias con la nueva historia social se han mezclado con las críticas a los metarrelatos para colocarnos hoy en un cruce de caminos". (Florencia Mallon, "Dialogues Among the Fragments: Retrospect and Prospect")

**H**oy es un lugar común entre los científicos sociales hablar de la crisis de sus disciplinas construidas en el transcurso de los dos últimos siglos. La historia no es, en modo alguno, una excepción. Por el contrario, al tratar de entender el pasado de los seres humanos, es más sensible a los cambios intelectuales y políticos del mundo contemporáneo. Con razón se habla hoy del ocaso de la Nueva Historia y de su producto más notorio, la historia social.<sup>2</sup> Aunque esas

<sup>1</sup> En Frederick Cooper y otros, *Confronting Historical Paradigms*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1993, pág. 371. Esta traducción del inglés como las otras de este ensayo son mías.

<sup>2</sup> Por Nueva Historia entendemos el movimiento historiográfico iniciado por los fundadores de la revista francesa *Annales*, que pretendió acercar la disciplina a las otras ciencias sociales. La historia social es tal vez la rama más dinámica de ese movimiento

corrientes historiográficas han tenido un incipiente desarrollo en nuestro medio,<sup>3</sup> su crisis es cada vez más evidente hoy día.<sup>4</sup>

Como historiadores que aún buscamos explicar el pasado la pregunta inicial que nos formulamos es ¿de cuál crisis hablamos? Alguno responde denunciando una desviación de la profesión por culpa de algunos practicantes que perdieron el norte.<sup>5</sup> Otro insiste en la nostalgia que invade a ciertos historiadores por las formas narrativas ya superadas y que los hace caer en la moda de los retornos.<sup>6</sup> Hay quienes anotan una crisis tanto de la investigación histórica como de su enseñanza que resultaría en un menor interés público por el conocimiento del pasado.<sup>7</sup> Muchos más, en una mirada externalista de la profesión, señalan que se

---

y remite a tres sentidos: como historia total o de síntesis; como aplicación de los métodos de las ciencias sociales; y como historia del 'pueblo' (véase Adrian Wilson, "A critical Portrait of Social History" en la obra editada por el mismo autor, *Rethinking Social History*. Manchester: Manchester University Press, 1993). Aunque se usan indistintamente por defensores e impugnadores, la más común es la segunda acepción (Veáanse Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez B., *Los métodos de la historia*. Barcelona: Editorial Crítica, 1976, págs. 289-293 y Julian Casanova. *La historia social y los historiadores*. Barcelona: Crítica, 1991, págs. 30-34).

<sup>3</sup> Su irrupción se liga con la fundación del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura (ACHSC)* en 1963. Para un balance historiográfico véase mi contribución a la obra conjunta compilada por Bernardo Tovar, *La historia al final del milenio*, I Vol. Bogotá: Universidad Nacional, 1994.

<sup>4</sup> La crisis de la Nueva Historia en el país se hace explícita en textos como la obra conjunta en la que participé, *Pensar el pasado*. Bogotá: Archivo General de la Nación-Universidad Nacional, 1997 y en el ensayo de Jesús Antonio Bejarano, "Guía para perplejos: una mirada a la historiografía colombiana", *ACHSC*. No. 24, 1997, págs. 283-329. Aunque coincido con las preguntas y con muchas de las respuestas de Bejarano, en especial sobre la trayectoria de la historia económica, difiero en su análisis del desafío posmoderno a la historia, en el que confunde muchas corrientes historiográficas, y en la descalificación de los avances disciplinarios en nuestro medio, puntos que haré explícito a lo largo del ensayo. Pero definitivamente lo más chocante de su ensayo es su tono patriarcal (sic) como de alguien que abandonó temporalmente la casa y al volver la encuentra, a su juicio, en desorden. La solución que ofrece Bejarano —volver a los modelos estructurales—, niega los serios cuestionamientos a éstos y reproduce la vieja receta de 'más de lo mismo' que no resuelve nada porque no toca el fondo de la crisis denunciada.

<sup>5</sup> Tal es la causa de la perplejidad de Bejarano en el citado artículo "Guía...".

<sup>6</sup> Julian Casanova, *La historia social...*, págs. 114-122.

<sup>7</sup> Harvey J. Kaye. *The Powers of the Past, Reflections on the Crisis and the Promise of History*. Mineapolis: University of Minnesota Press, 1991, pág. 7. El autor, al analizar el mundo anglosajón, postula que hay una menor demanda por conocimiento histórico lo que hace irrelevante la disciplina en el marco del sistema educativo. Eric Hobsbawm

trata de una turbulencia intelectual que a su vez es reflejo de la crisis global de la sociedad contemporánea. El proyecto de la modernidad, al que estuvo atada la disciplina histórica desde sus orígenes, está siendo sometido a severas críticas. Se conforma así un cuadro más apropiado para entender la situación que nos preocupa y para buscar explicaciones de fondo a la crisis de la disciplina.

Como indica Florencia Mallon en la cita introductoria, los años ochenta representaron una transformación de proporciones similares a la de los sesenta, pero con un signo político distinto. La caída del muro de Berlín, y con ella del mayor desafío histórico al capitalismo, marcó el fin de nuestro corto siglo veinte, en el decir de Eric Hobsbawm.<sup>8</sup> Aunque ya la barbarie nazi en la Segunda Guerra Mundial, para no hablar de los 'gulag' soviéticos o de los campos de concentración de las democracias occidentales, habían mostrado los límites de una idea de progreso ininterrumpido de la humanidad, los recientes eventos en los antiguos países socialistas le dieron el golpe de muerte.<sup>9</sup>

---

cuenta una anécdota que puede corroborar esta impresión: "Para cualquiera que enseñe historia en los Estados Unidos es evidente que la gente simplemente no conoce las cosas más elementales acerca de ella. Yo cito un hecho que ocurrió en alguna parte cuando un estudiante muy inteligente le preguntó a su profesor con estas palabras: 'Usted habla de la Segunda Guerra Mundial ¿significa ésto que hubo una Primera?' Y no era un chiste, era una pregunta seria" (Entrevista de la BBC con Eric Hobsbawm en *Socialist History*. No. 8, 1995, pág. 59). Aunque no disponemos de estudios exhaustivos en nuestro medio sobre la demanda educativa por la historia, pensamos que la situación colombiana difiere de la descrita para Inglaterra y Estados Unidos, entre otras cosas por la necesidad que tenemos de entender nuestro presente. Ello se refleja en el reciente crecimiento de programas curriculares de historia, incluidos los posgrados (Patricia Enciso, "Y...¿Cómo anda la formación de historiadores en el país?", *Historias*, No. 1, 1992, págs. 31-38). Una opinión diferente esboza Heraclio Bonilla con la intención de renovar los programas curriculares de la disciplina ("Diseño curricular de una licenciatura en Historia con énfasis en la historia de América Latina", *Historia y Pensamiento*, No. 2, julio-diciembre, 1997, págs. 7-15)

<sup>8</sup> *The Age of Extremes*. Nueva York: Pantheon, 1994 (traducido al castellano como *Historia del Siglo XX* por editorial Crítica). Hobsbawm habla de que estamos hoy ante una evidente crisis histórica que puede conducirnos al abismo del oscurantismo o a una sociedad distinta de la heredada (págs. 584-585)

<sup>9</sup> Norbert Elias señala que la crisis de la idea de progreso es una característica del siglo XX como resultado de un proceso ideológico Estado-céntrico que obliga a las ciencias sociales a mirar el presente desechando las visiones de larga duración como las del siglo XIX que se proyectaban (también ideológicamente) al futuro en una línea evolucionista (*El proceso de civilización*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1997, págs. 9-46).

Pero la crisis contemporánea no se limita al derrumbe del socialismo real. Los consensos construidos en las sociedades desarrolladas, el socialdemócrata en Europa occidental y el liberal en Norteamérica, también han entrado en quiebra.<sup>10</sup> Y con ello los metarrelatos que los sustentaban. Es también la crisis del Estado de bienestar y el aparente triunfo de la ideología neoliberal. A ello se une la creciente globalización de la economía y de la cultura que cuestiona la autonomía de las naciones para regir su futuro. La irrupción de fundamentalismos religiosos y de identidades étnicas y territoriales con sus demandas particularistas amenaza los pilares centrales de la modernidad como son la secularización y la tolerancia política. Nunca ha sido más evidente que el presente arriesga ser una mera repetición del pasado, lo que oscurece aún más el futuro.

Uno a uno, los temas centrales de la disciplina, desde su origen hasta el presente, tales como la idea de progreso, la nación, el Estado nacional, la democracia, así como los metarrelatos que los alimentaban, están hoy bajo sospecha. Si ese es el transfondo histórico de la crisis de la disciplina, su meollo radica en un cuestionamiento fundamental a la posibilidad de conocer el pasado. Ello no es otra cosa que negar la dimensión científica que la marcó desde sus inicios como disciplina y que hasta hace poco compartían la mayoría de los historiadores.

Aún antes que el radical ataque del posmodernismo a ese modelo científico de historia tuviera difusión global, la noción de verdad histórica hacía agua por su manipulación desde intereses ideológicos. Esto último fue denunciado por Jürgen Habermas en su debate con los historiadores alemanes Ernest Nolte, Michel Stürmer y Andreas Hillgruber a finales de los años ochenta. Según Habermas, dichos historiadores intentaban revisar el Holocausto con la intención de hacer una historia positiva que no desmoralizara al pueblo alemán y realimentara su rivalidad con el enemigo comunista. De esta forma se minimizaba el Holocausto y se lavaba una culpa que no era individual sino social. En aras de construir una identidad nacional positiva, no sólo

---

<sup>10</sup> Punto señalado por Jürgen Habermas (*The New Conservatism. Cultural Criticism and the Historians' Debate*. Cambridge (Mass): MIT press, 1989) y recogido por Harvey J. Kayé, *The Powers...* cap. 2 y en su reciente libro, *Why do Ruling Classes Fear History? and Other Questions*. New York: St. Martin's Griffin, 1997. Ambos insisten en que la Nueva Derecha (la de Reagan y la Thatcher) intenta crear un nuevo consenso en esas sociedades.

se rescataban unas discutibles tradiciones alemanas —expresión, a juicio de Habermas, de un particularismo que aísla más a esa nación de los principios democráticos universalistas—, sino que se negaban los hechos.<sup>11</sup> A pesar del tono polémico del debate, se hizo evidente que el problema de la verdad histórica, y con él, el de la crisis de la disciplina, no son temas intrascendentes que competen sólo a los especialistas sino que tocan el conjunto de las sociedades contemporáneas.<sup>12</sup> Las causas de esta crisis, que es tanto de la sociedad como de la disciplina, y sus consecuencias son el objeto de este ensayo que se dividirá en tres partes: la crisis disciplinaria; el desafío posmoderno; y la respuesta de la (nueva) historia cultural.<sup>13</sup>

### La crisis de la disciplina

En el siglo pasado Leopoldo Von Ranke, en su pretensión de superar la posición acrítica del cronista o la mirada providencialista del pasado, postuló la necesidad de profesionalizar la historia y convertirla en una actividad científica. A pesar de acercamientos parciales a disciplinas como la geografía, el derrotero inicial trazado por sus fundadores la aisló por muchos años. Era resultado de un deseo de conseguir un espacio propio en el concierto de las ciencias sociales, cosa que sin duda logró. Sólo será con la ruptura lanzada por los fundadores de *Annales* desde los años veinte que la historia construirá puentes con ciencias

---

<sup>11</sup> Véase el último capítulo de Habermas, *The New Conservatism...* Claro que los tres historiadores criticados no tienen la misma postura. Mientras para Nolte el problema del Holocausto radicó en una opción personal de Hitler, para Hillgruber fue una respuesta lógica del pueblo alemán ante la amenaza rusa, respuesta que además no fue única pues ya Stalin la había practicado. Como dice Perry Anderson, Nolte no niega los hechos, los justifica; Hillgruber en cambio los minimiza (ver su contribución a Saul Friedlander (ed.). *Probing the Limits of Representation*. Cambridge: Harvard University, 1992, texto que fue traducido al castellano y aparece en *Campos de Batalla*, Bogotá: Tercer Mundo, 1995, págs. 267-286)

<sup>12</sup> Es la misma preocupación que muestra el más notorio de los historiadores británicos vivos, Eric Hobsbawm en el ya citado *The Age...* y en la reciente compilación *On History*. New York: The New Press, 1997.

<sup>13</sup> En su momento definiremos los conceptos de posmodernidad y de (nueva) historia cultural. Ponemos entre paréntesis lo de 'nueva' porque desconfiábamos de las novedades autoproclamadas sin que aún transcurra el suficiente tiempo para que se consoliden. Caso diferente es el de la Nueva Historia con una larga trayectoria reconocida por defensores y críticos (Véanse, por ejemplo, Francois Dosse, *La historia en migajas*. Valencia: Ed. Alfons el Magnànim, 1988 y Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa*. Barcelona: Gedisa, 1993).

como la economía, la sociología y la demografía. La distancia con la filosofía, que marcó también los orígenes de la disciplina, se mantuvo en la nueva propuesta. El resultado fue la historia social que se consolidó en los años sesenta desde distintas tradiciones.<sup>14</sup>

A pesar de esta diferencia, nada despreciable, en cuanto a la ubicación de la disciplina dentro de las ciencias afines, hasta hace poco casi todos los historiadores compartían no sólo la pretensión científica de la historia, sino el modelo de ciencia heredado del siglo XVIII. La Ilustración sentó las bases de dicho modelo al insistir en que la forma de superar la superstición religiosa era por medio de la razón, una de cuyas expresiones era la ciencia. Esta debía construir leyes universales a partir de métodos empíricos para así producir conocimiento verdadero. La ciencia, y por ende la historia, debía tener una neutralidad valorativa que la diferenciara de otras actividades humanas como la política.<sup>15</sup> Pues bien, este modelo de historia científica es el que está en crisis. Sus fundamentos han sido cuestionados, veamos cómo.

La explicación unicausal y determinante fue sometida a dura crítica desde los albores de la historia social. Ya en los años sesenta, historiadores como E. P. Thompson, clamaban por una mirada menos economicista y más cultural del pasado.<sup>16</sup> Por la misma vía se cuestionaron los modelos estructuralistas de interpretación del pasado apelando, en el caso de Thompson, a la categoría de la **experiencia** como puente más apropiado para leer la acción concreta de los seres humanos. Pero aún

---

<sup>14</sup> Más liberales en Estados Unidos, con una mezcla entre romanticismo y marxismo en Inglaterra y Alemania, el peso de Annales en Francia y del historicismo en Italia (véase el recuento historiográfico de Georg Iggers. *Historiography in the Twentieth Century: From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*. Hanover (Conn): Wesleyan University, 1995). Ilustrativo de este acercamiento a las ciencias sociales, aunque un poco tardío, es el cambio de nombre de la revista *Annales* en 1994: el subtítulo *Economies, Sociétés, Civilisations*, fue modificado por el de *Histoire, Sciences Sociales* (Ibid. pág. 138).

<sup>15</sup> Para Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob (*Telling the Truth about History*. New York: Norton Company, 1994) ese fue el modelo de ciencia 'heroica' que ha sido cuestionado por diversos científicos sociales e historiadores de la ciencia a raíz de los recientes acontecimientos. El otro camino que planteaba la Ilustración para alimentar la razón era la filosofía, de la que explícitamente se alejó la historia en su afán de diferenciación.

<sup>16</sup> Véase su trabajo clásico, *The Making of the English Working Class*. New York: Vintage, 1966 (fue traducido al castellano por Laia en tres volúmenes y luego editado por Crítica en dos). Esta postura historiográfica fue refrendada teóricamente en *Misericordia de la Teoría*. Barcelona: Crítica, 1981.

esa mirada renovada del marxismo ha sido recientemente criticada por postular la existencia de actores colectivos homogéneos con identidades esenciales predeterminadas por la estructura socio-económica.<sup>17</sup> En el caso de los Annales también hubo una rebelión interna contra el estructuralismo que permeó a la segunda generación (la de Braudel, Labrousse y Chaunu). De una parte se cuestionó el énfasis materialista con la metáfora 'desde el sótano hasta el desván'. Aunque la cultura nunca estuvo ausente en Annales, las primeras generaciones parecían privilegiar más una lectura desde la base económica. Por otra parte, las estructuras, aquellas prisiones de larga duración que sugerían una historia casi inmóvil, fueron duramente cuestionadas por los herederos de la tradición braudelianiana. Sin embargo, ello sucedió más en la versión materialista y casi geográfica de la historia, que en el estudio de las mentalidades.<sup>18</sup> Aunque se volvió a una mirada más diacrónica de una historia hecha por seres de carne y hueso, el estructuralismo seguiría jugando un papel en la interpretación de la historia social.

Otra veta de ataque fue el alejamiento que mostraba la historia social no sólo de la alta cultura sino también de las actividades políticas. Aunque ambas anotan al descuido de la historia de las élites, explicable por la rutura que la Nueva Historia intentó hacer del modelo historicista de Von Ranke, tienen implicaciones distintas. En el primer caso, el énfasis en la historia 'desde abajo', que trajo a flote nuevos actores del pasado, pospuso la mirada hacia las élites dominantes dejando trunca la reconstrucción de otras dimensiones del pasado. Por esa vía se descuidaron estudios sobre la 'alta' cultura y las ciencias que hoy cobran renovado interés.<sup>19</sup>

La distancia ante la política, cuando no su franco rechazo, tiene una larga trayectoria en la historia social. Partió de la ruptura con la

---

<sup>17</sup> Como sería el caso de la fijación thompsoniana, y de algunos otros historidores marxistas británicos, en las clases, especialmente la obrera. Esta crítica ha sido desarrollada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe y aplicada a la historia social por Patrick Curry ("Towards a Postmarxist Social History" en Adrian Wilson (Ed.), *Rethinking...*).

<sup>18</sup> Véase Peter Burke, *La revolución...*, cap.4 y Hugo Fazio, "La 'Nueva Historia' francesa: Radiografía de una historia", *Historia Crítica*, No. 5, 1991, págs. 35-52.

<sup>19</sup> Esta queja de los historiadores de la ciencia y de la literatura es recogida por Adrian Wilson, en la introducción al ya citado *Rethinking...* Autores como Dominick La Capra se apoyan en esa limitación para hacer una dura crítica a la historia social (Véase su *Rethinking Intellectual History. Texts, Contexts, Language*. Ithaca: Cornell University Press, 1983 y *History and Criticism*. Ithaca: Cornell University, 1985).

inclinación de los fundadores de la disciplina en el siglo pasado a historiar los grandes personajes. Pero ello condujo no sólo a la desatención de un área clave de la actividad humana, sino al desarme político y teórico de la profesión. Con una larvada intromisión de la neutralidad valorativa en la práctica del oficio, no siempre se valoraron bien los debates en torno a cuestiones centrales en el transcurrir humano como la construcción de poderes, la conformación de los Estados nacionales y el funcionamiento de los sistemas y partidos políticos. Aunque quienes se nutrían del marxismo estuvieron atentos a estos debates, especialmente desde la perspectiva de los actores populares, no faltaron quienes los denunciaron como una peligrosa politización de la disciplina.<sup>20</sup> Por ello el retorno a la historia política, no sólo de las élites y con estrategias de narración distintas de la biografía, es hoy cada vez más aceptado. Pero este paso no soluciona la crisis de la disciplina, en especial en lo relacionado con su 'desarme teórico'.

La actitud tradicional del historiador fue contraponer su destreza empírica a la especulación teórica, para quedarse con la primera. Es un viejo resabio para diferenciarse de la filosofía, anclándose en la apelación a las fuentes como el mejor camino para reconstruir el pasado. Desde esta postura, la interpretación brotaría casi mecánicamente de ellas. Cuando la Nueva Historia se acercó a las ciencias sociales se rompió con ese empirismo tomando prestados muchos modelos teóricos de éstas sin beneficio de inventario. Tal fue el caso de la teoría de la modernización que impactó a historiadores sociales de diversas procedencias ideológicas.<sup>21</sup> No fueron pocos los modelos dualistas en que cayeron connotados profesionales del oficio como autocríticamente lo reconocen exponentes de la talla de Eric Hobsbawm y Charles Tilly.<sup>22</sup> La ausencia de debates en torno a la teoría, por el temor a volverse 'filósofo' de la

---

<sup>20</sup> Seguímos en ésto a Julián Casanova, *La historia social...*, págs. 123-137.

<sup>21</sup> Punto denunciado por Patrick Joyce, "The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain", *Past and Present*, No. 158, febrero de 1998, pág. 215.

<sup>22</sup> Hobsbawm criticó, a medias, el dualismo que respiraba su distinción entre rebeldes 'primitivos' y 'modernos', aunque siguió utilizando conceptos como prepolítico y político para distinguirlos (Véase su Epílogo a la edición española de *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Ariel, 1968). Más consistente ha sido la autocrítica de Tilly quien reemplazó las categorías de acción colectiva 'primitiva' o 'reaccionaria' y 'moderna', para hablar simplemente de 'repertorios' de contención o protesta (Véase "Social Itineraries" en su reciente libro, *Roads from Past to Future*. Lanham (Maryland): Rowman y Littlefield, 1997).

historia o a politizarla, dejó trunca la crítica a la incorporación de estos préstamos de las ciencias sociales y especialmente la idea de progreso que subyacía en ellas.<sup>23</sup> Esto para no volver sobre las implicaciones políticas del debate alemán en torno a la lectura 'positiva' del Holocausto que mencionábamos en la introducción

La apelación a una purificación teórica de la historia hecha por Althusser tampoco fue la tabla de salvación del empirismo clásico del historiador. Por el contrario, reafirmó más su distancia con una práctica especulativa lejana de su objeto de estudio. Máxime cuando se afirmaba, como lo hizo el filósofo francés, que la Teoría era una sola: el marxismo pero el del Marx maduro.<sup>24</sup> A la no clarificación del puente entre teoría y datos empíricos del pasado, hoy se le agrega la desconfianza no sólo por cualquier texto canónico — sea religioso o secular — sino por cualquier teoría en singular. La crisis de los metarrelatos parece arrastrar tras sí no sólo la idea de progreso de la humanidad que los informa, sino todo intento de teoría general que explique el pasado, limitando a los historiadores a su tradicional empirismo o, cuando más, a teorías de rango medio. Una cosa es el sano eclecticismo que hoy se impone, pues ninguna teoría aislada puede dar cuenta del pasado humano, y otra es desarmar aún más la disciplina de toda dimensión teórica.

En esta resucitada desconfianza por la teoría también quedan en el camino las alianzas con otras ciencias sociales y la pretensión de hacer la historia total. Ambas propuestas hacían parte del derrotero que se trazó la Nueva Historia, en especial la escuela de los Annales. Ya hemos hablado del alejamiento que se produce desde los años ochenta de las ciencias que alimentaban la historia social. Hoy se nota más cercanía con la antropología, la lingüística, la crítica literaria, las ciencias de la comunicación y aún con las artes que con las viejas aliadas del pasado. El problema radica no en las nuevas compañías, sino en los giros que ellas proponen — muchos de ellos fruto de sus propias crisis — y en asumirlos, nuevamente, sin beneficio de inventario.

Una meta importante que ayudó a la ubicación de la disciplina en el concierto de las ciencias sociales fue la de construir historias totales. Esto le impidió sucumbir al avance de dichas ciencias e incorporar sus

---

<sup>23</sup> Julían Casanova, *La historia social...*, págs. 126-127.

<sup>24</sup> Esto llevaba a canonizar ciertos textos leídos desde la perspectiva de Althusser. Era una reproducción en Occidente de la ortodoxia que hacía carrera en los países comunistas. Tal es el fundamento del ataque de E. P. Thompson al althusserianismo en la ya citada *Miseria de la teoría*.

aportes ofreciéndose como una disciplina de síntesis. Pero la Nueva Historia se fue especializando, siguiendo muchos de los métodos de sus aliadas viejas y nuevas, para caer en una gran fragmentación de objetos y de periodos y subperiodos de estudio. Tantos que a veces se hace difícil el diálogo en la comunidad de historiadores. Lo que se empeora por lo cerrado de los lenguajes de cada especialización. La disciplina en cuestión de siglo y medio ha recorrido una parábola que salió del estudio de lo particular para volver a él, habiendo dado el salto por muchos años —el período dorado de la historia social— al conocimiento de lo universal. Como dice metafóricamente algún crítico inglés, la historia arriesga a enclaustrarse de nuevo.<sup>25</sup>

La crítica al modelo científico de la disciplina no se quedó en sus fundamentos teóricos y metodológicos, también incluyó una revisión de las fuentes utilizadas y de las estrategias narrativas. De una parte se cuestionó el privilegio a las fuentes escritas y estadísticas, para recurrir a las que ofrecían información más subjetiva y cualitativa: la llamada historia oral, la literatura, la arquitectura y las artes visuales, para mencionar las más prominentes. Esto permitía, no sólo una renovación en la recolección empírica, sino la inclusión de nuevas dimensiones y voces del pasado.<sup>26</sup>

De otra parte se habló de la necesidad de retornar a una narrativa distante de la analítica propia de las ciencias sociales afines y más cercana a la literatura.<sup>27</sup> Se volvieron los ojos a estrategias para armar la trama histórica que habían florecido en los orígenes de la disciplina, tales como las biografías. Pero el desafío plasmado por Lawrence Stone trascendió el simple asunto formal; pronto se vió que la forma de la narración tenía que ver con el contenido de lo narrado.<sup>28</sup>

---

<sup>25</sup> Keith Wrightson, "The enclosure of English Social History" en Adrian Wilson, *Rethinking...*

<sup>26</sup> Tal fue el sentido que le dieron a la 'historia oral' sus pioneros Paul Thompson (*The Voice of the Past*. Oxford: Oxford University Press, 1988) y Philippe Joutard (*Esas voces que nos llegan del pasado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986). Para ellos no se trataba de una mera renovación de fuentes sino de un nuevo acercamiento historiográfico muy en la línea de la proclamada por la historia 'desde abajo'.

<sup>27</sup> Lawrence Stone, "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History" en *The Past and the Present Revisited*. New York: Routledge y Kegan Paul, 1987, págs. 74-96.

<sup>28</sup> Esto ya lo venía planteando en forma más sofisticada, pero con menor difusión masiva, Hayden White, para quien el acercamiento a la literatura no era una cuestión de estilo, sino un cuestionamiento de fondo al conocimiento histórico como se verá

A pesar de la dureza de las críticas a lo que hemos llamado los fundamentos, métodos y técnicas propios de la disciplina, casi en su totalidad podían ser incorporadas dentro de los avances de la historia social, como de hecho sucedió. El cuadro, sin embargo, fue radicalmente transformado cuando a muchos de esos ataques se les sumó la duda fundamental sobre la posibilidad del conocimiento verdadero del pasado, la esencia del modelo científico de la historia. No se trata sólo del desmonte de la ingenua pretensión de que los documentos reflejan el pasado y que el historiador puede tener un acercamiento casi directo a él calcándolos. Hoy se cuestiona si los historiadores cuentan con conocimientos confiables del pasado, así sean indirectos, y en últimas si es posible acercarse a esa realidad pretérita por las múltiples mediaciones que hay entre ella y el presente.

Como salta a la vista éste es el ataque más radical que ha sufrido la disciplina en toda su trayectoria pues no sólo cuestiona los temas que la alimentaron desde sus orígenes —los mismos del proyecto de la modernidad—, sino que socava el sentido mismo de su existencia: conocer el pasado. A nuestro juicio entre las muchas respuestas a la crisis disciplinaria, hay dos que se destacan tanto por la radicalidad del cuestionamiento como por las salidas que proponen: el posmodernismo y la (nueva) historia cultural. Aunque suelen confundirse, ofrecen resultados bien distintos en términos del futuro de la disciplina y en el fondo de las sociedades donde se practica. Veámoslas con cierto detalle.

### El desafío posmoderno

La primera dificultad con la que tropieza quien quiere entender el posmodernismo es su vaguedad.<sup>29</sup> Como son pocos sus defensores explícitos, y menos entre los historiadores, no disponemos de definiciones claras y cuando las hay suelen ser contradictorias. De esta forma es poco lo que podemos avanzar en torno a sus contenidos, sentido y futuro. Precisamente ese carácter difuso lo hace difícil de refutar. El posmodernismo puede ser visto metafóricamente como un gran rumor

---

en la siguiente sección (Véase su *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1973). En Stone, por el contrario, no hay un cuestionamiento a la posibilidad de conocimiento racional de la realidad.

<sup>29</sup> Según Ernest Gellner, la claridad no es una de sus virtudes; no sólo no la practica sino que la rechaza (*Postmodernism, Reason and Religion*. Londres: Routledge, 1992, pág. 22).

sin claro origen, ni cabezas visibles, que va penetrando todos los poros de la sociedad. Como buen rumor echado a rodar oportunamente, logra cuestionar a su víctimas, en este caso las ciencias sociales. Además atrae a sus practicantes más jóvenes.<sup>30</sup> Ello explica en parte que se haya convertido en el gran desafío al modelo científico hasta ahora imperante en la historia y en las disciplinas afines.

A pesar de lo difuso de sus contornos y buscando entre fragmentos podemos señalar algunas características generales del posmodernismo para ver luego su desafío a la disciplina histórica. Si bien surgió como movimiento artístico contra la estética moderna, con el tiempo se convirtió en una postura más cultural que intelectual, aunque con implicaciones téoricas, contra la modernidad.<sup>31</sup> Se pueden distinguir tres acepciones del posmodernismo que pueden presentarse en forma simultánea: como pensamiento; como una expresión de la cultura contemporánea y como una 'condición' de los seres humanos.<sup>32</sup> Al contrario de las teorías críticas de la modernidad, que se resistieron al capitalismo y a la mercantilización de la vida cotidiana, el posmodernismo se integra a ellos convirtiéndose, en la práctica, en su expresión cultural.<sup>33</sup> Si ante el consumismo se adapta, no sucede lo mismo con las narrativas de progreso universal y las grandes teorías de explicación histórica. El fracaso del socialismo real, el gran sueño de Occidente por más de un siglo, le dio aliento.

El posmodernismo se va perfilando, entonces, como un movimiento cultural escéptico, si no pesimista, que duda de todo sin cuestionar a

---

<sup>30</sup> Charles Tilly llama la atención sobre este punto nada trivial si se piensa en la reproducción del saber científico (*Roads...*, pág. 32)

<sup>31</sup> En esta parte seguimos a algunos admiradores de la posmodernidad: el sociólogo David Ashley. *History without a Subject, the Postmodern Condition*. Boulder: Westview, 1997 y el historiador Patrick Joyce, "The Return of History..."

<sup>32</sup> Joyce precisa, en una nota a pie de página, que el posmodernismo es una crítica a los cuatro 'pecados' de la teoría social moderna: reduccionismo, funcionalismo, esencialismo y universalismo (*Ibid.*, pág. 212)

<sup>33</sup> El mejor exponente de esta propuesta es el sociólogo francés radicado en Estados Unidos, Jean Braudillard, quien, de paso sea dicho, niega ser posmoderno. Habermas, el mayor crítico del posmodernismo, denuncia su cercanía con los neo-conservadores. A los posmodernos los caracteriza como anti-modernos con discurso de izquierda (*The New Conservatism...Introducción y cap. 2*). Ashley, más cercano a los posmodernos, distingue entre activistas y escépticos. En los primeros percibe curiosas cercanías con movimientos de derecha como la 'Moral Majority' en Estados Unidos (*History without...*, cap. 3)

fondo la sociedad vigente. Reivindica, una vez más, al individuo pero no como ser unitario, sino fragmentado. En términos políticos le apuesta a la 'actuación' —performatividad— que vende imagen más que a una acción racional de medios y fines. El posmodernismo es, en síntesis, un nihilismo teórico combinado con un conformismo práctico.<sup>34</sup> O en palabras de Habermas, es la expresión del agotamiento de la utopía y de la confianza en la razón, bastiones de la cultura occidental.<sup>35</sup> Algunos de sus exponentes, sin embargo, muestran una postura anticolonial, contra Occidente, y antihegemónica, contra los poderes en general. Hay también feministas que encuentran en el posmodernismo un vehículo para cuestionar la dominación patriarcal.<sup>36</sup>

En términos de conocimiento, el posmodernismo rechaza las teorías realistas u objetivas, mientras se fascina con los símbolos y los discursos. La realidad es vista como un texto con muchas mediaciones culturales y de poderes que hay que 'deconstruir' ante todo. En la práctica esta tarea es de tal magnitud que termina siendo imposible abarcarla. El acercamiento al 'otro' distinto del 'nosotros' es cuestionado porque cada uno está inmerso en una cultura distinta y cualquier lectura que se haga del 'otro' puede ser intromisión hegemónica. En conclusión tampoco se le puede conocer.<sup>37</sup> La verdad como postulado de conocimiento válido es la gran víctima de este ataque posmoderno. Se hace así un giro que saca a los investigadores de la realidad para centrarlos en la crítica a la construcción de conocimiento; del 'otro' hacia el 'nosotros'. Por ello se considera al posmodernismo como un 'relativismo' subjetivo, cuando no un nuevo idealismo.<sup>38</sup>

---

<sup>34</sup> Ibid... pág. 46.

<sup>35</sup> *The New Conservatism...* pág. 51.

<sup>36</sup> Tal es el planteamiento de Joan Scott (en *Gender and the Politics of History*. New York: Columbia University, 1988), que desarrollaremos luego. Con razón decíamos que el sentido político del posmodernismo no es claro, al menos si nos atenemos a sus discursos. No se debe olvidar que algunos de sus exponentes provienen del radicalismo estudiantil de los años sesenta y que autores como Foucault y Derrida, asociados con el posmodernismo aunque ellos siempre lo rechazaron, fueron siempre críticos de sus sociedades y participaron en causas de izquierda.

<sup>37</sup> Esta es una postura más antropológica. Véase la dura crítica de Ernest Gellner en *Postmodernism...* cap. 2.

<sup>38</sup> Así lo postula Gellner (ibid. pág. 66). En este punto tampoco hay consenso. Para el historiador Mark Poster, ni Foucault ni Derrida son idealistas. Por el contrario, son críticos materialistas de los textos (*Cultural History and Postmodernity*. New York: Columbia University. 1997, pág. 44)

Vistas así las cosas ¿cuál es el desafío del posmodernismo a la historia, máxime si pocos lo reivindican en la profesión?<sup>39</sup> El mejor camino para responder este interrogante es desmenuzar los cuestionamientos que se plantean desde la ambigüedad de lo que hemos llamado posmodernismo. Por el recuento hecho líneas arriba se percibe que convergen en él indiscriminadamente muchas críticas previas no sólo a la modernidad, sino al modelo de ciencia propio de ésta. Veamos las más cercanas a la disciplina histórica para entender mejor de qué desafío se trata.

Aunque suene extraño, la primera crítica a la posibilidad de que los historiadores conozcan el pasado no vino de Nietzsche o de Heidegger, los tutores del desafío posmoderno, sino de pensadores convencidos de la importancia de la ciencia. Nos referimos a Karl Popper y Louis Althusser. Para el primero, imbuido del modelo positivista de las ciencias naturales, no puede haber conocimiento verdadero del pasado pues los hechos no son verificables y las fuentes están mediadas por intenciones subjetivas. La historia está destinada a ser una disciplina de lo particular, sin posibilidades de construir explicaciones causales y menos predicciones.<sup>40</sup> Para el segundo, la realidad está ideologizada y no puede ser conocida verdaderamente sino por medio de la Teoría, que no es otra que la del Marx maduro como ya vimos. La historia puede construir, cuando más, material fáctico que debe ser purificado por dicha Teoría.<sup>41</sup> En ambos casos, como salta a la vista, hay un cuestionamiento hacia las posibilidades de conocimiento científico no en general sino del pasado, en particular, desde la disciplina histórica.

---

<sup>39</sup> Para Patrick Joyce la actitud más común en la historiografía inglesa es ignorar el desafío posmoderno y en parte eso se debe al poco impacto de la Ilustración en Inglaterra ("The Return of History", págs. 217-220). Según Jerzy Topolsky esta actitud es generalizada pues son más los historiadores que no se preocupan por el posmodernismo que los problematizados por él o que lo asumen y eso que dentro del último grupo hay muchos que no aceptarían la etiqueta —una excepción es Franklin Ankersmith quien explícitamente se define como historiador posmoderno— ("La verdad posmoderna en la historiografía" en Bernardo Tovar y Carlos Miguel Ortíz, *Pensar...*, págs. 172-175). En el último grupo estarían los exponentes de la escuela de los Annales que trabajan mentalidades, asociados de manera incorrecta por Bejarano a los posmodernos ("Guía...", págs. 301-302).

<sup>40</sup> *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1981.

<sup>41</sup> *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI, 1968. No sobra recalcar la cercanía teórica que mantenía Althusser por esos años con Foucault, lo que sugeriría puentes entre estructuralismo y posestructuralismo.

Paralelamente se venía produciendo el 'giro lingüístico' propuesto por los padres del posestructuralismo, Michel Foucault y Jacques Derrida, para todas las ciencias sociales y el pensamiento occidental en general.<sup>42</sup> Aunque uno hable de discursos y el otro de textos, para ambos la realidad es una creación del lenguaje. Contrario a lo que plantean muchos lingüistas, no existe correspondencia entre significado y significante, entre la realidad y su representación. Las ciencias son construcciones sociales y por ello similares al mito o a la ficción. La causalidad histórica, en consecuencia, es reemplazada por el análisis de cómo se construye el texto o el discurso.

Foucault estuvo particularmente interesado en la historia, así haya mantenido una mutua distancia con los historiadores. No habla de causalidad sino de genealogías o arqueologías. Su crítica al conocimiento histórico partía de una doble preocupación: evitar los anacronismos al proyectar el presente al pasado; y rechazar el uso de la verdad como poder. Los grandes metarrelatos —liberalismo, marxismo— eran responsables de ambas desviaciones, por ello los hace objeto de sus condenas. La lectura foucaultiana del pasado puede ser considerada como una historia crítica de la cultura occidental. Esto explica que tanto posmodernos como historiadores culturales lo reivindicuen como guía.<sup>43</sup>

Desde terrenos más cercanos a la disciplina surgieron también voces críticas de sus recientes avances, que contribuyeron de alguna forma al 'giro lingüístico'. Se trata de Hayden White, nutrido por la crítica literaria, y Dominick La Capra, estudioso de la historia intelectual. Para White, los grandes historiadores del siglo XIX —Michelet, Von Ranke, Tocqueville y Burckhardt— prefiguraron la realidad que intentaban explicar a partir de modelos literarios o tropos, todos variantes de la metáfora. Pero ocurrió algo similar con los cuatro grandes filósofos de la historia del mismo siglo —Hegel, Marx, Nietzsche y Croce—. Esto le permite a White postular no sólo la necesidad de acercarse a la historia y la filosofía, sino la existencia de una conciencia profunda —la metahistoria— entre los grandes pensadores del siglo XIX que, de una forma u otra, contribuyeron a la gestación de la disciplina. Ninguna reconstrucción del pasado es superior a otra, pues lo que está en juego

---

<sup>42</sup> En esta parte seguimos a Appleby, Hunt y Jacob, *Telling the Truth...* cap. 6.

<sup>43</sup> Tal es la perspectiva de David Poster, *Cultural History...* y de Patricia O'Brien, "Michel Foucault's History of Culture" en Lynn Hunt (ed.) *The New Cultural History*. Berkeley: University of California, 1989.

no es su objetividad sino los distintos modelos literarios que prefiguran la realidad. La trama o la interpretación del pasado no responde tanto a los hechos cuanto a la intención narrativa.<sup>44</sup> Con razón Perry Anderson acusa al relativismo practicado por White de reducir el conocimiento histórico a la retórica.<sup>45</sup>

Dominick La Capra, por su parte, emprende una crítica contra toda lectura formalista que otorgue primacía al contexto sobre el texto, a la realidad sobre la interpretación. Ambas dimensiones deben estar relacionadas y en permanente diálogo. Así el historiador no lee un pasado preestablecido porque éste se constituye en el tiempo de narración de cada historiador. Esto lleva a La Capra al problema del lenguaje en su doble dimensión: como mediador de la realidad pasada y como producto histórico mismo.<sup>46</sup> El objeto de su historia intelectual no es el pasado, sino el lenguaje en que se escribe ese pasado. Aunque La Capra habla de balancear texto y contexto, es indudable que termina privilegiando al primero. Comparte con el relativismo de White que no hay interpretación superior a otra en términos de verdad, pero al menos las diferencia al indagar por las intenciones de cada autor.<sup>47</sup>

Otra postura crítica, no tanto del saber histórico, sino del sentido de la existencia humana, es la llamada *poshistoria*. Nos referimos más al señalamiento hecho desde el siglo pasado sobre el fin de una etapa histórica y condensado por Lutz Niethammer, que a la loa, ampliamente difundida,

---

<sup>44</sup> En últimas no hay nada que permita distinguir la teoría de los datos de la realidad (*Metahistory...*, pág. 429). La influencia foucaultiana es más clara en textos recientes como lo es su contribución al libro de Saul Friedlander, *Probing...* ("Historical Emplotment and the Problem of Truth").

<sup>45</sup> *Campo de Batalla...*, pág. 284. Ese relativismo es matizado por las consecuencias éticas en la escogencia de los tropos para prefigurar la realidad. Pero como dice Carlo Ginzburg, en su contribución al citado libro de Friedlander, White puede declarar inmoral una reconstrucción del pasado pero no puede afirmar que sea falsa ("Just One Witness").

<sup>46</sup> "No sólo el lenguaje usado por el historiador afecta la realidad que representa. Los artefactos a través de los cuales nos aproximamos a la realidad histórica son ellos mismos realidades históricas cuyo interés para el historiador no se agota por su relación representacional a alguna realidad privilegiada" (*Rethinking...* pág. 341). Es evidente la influencia de Derrida.

<sup>47</sup> Véase el ya citado *History and Criticism...* y su contribución al debate sobre el Holocausto en Friedlander (*Probing...*) ampliado luego en su reciente libro, *Representing the Holocaust. History, Theory, Trauma*. Ithaca: Cornell University Press, 1994.

del metarrelato liberal hecho por Francis Fukuyama.<sup>48</sup> El filósofo francés, Antoine Augustin Cournot, dijo ya a mediados del siglo pasado que la humanidad se encontraba en una época histórica que podía agotarse, lo que no quería decir que la historia se detuviese. Después de él hubo críticos de la evolución de Occidente, bien por su excesivo racionalismo (Nietzsche), o por el ocaso de su cultura (Spengler), o bien por el predominio de la razón instrumental (escuela de Frankfurt). Walter Benjamin, en su crítica al capitalismo, había propuesto metafóricamente el fin de una época histórica. Pero fue Alexandre Kojève, emigrante ruso en Francia, quien acuñó el término de poshistoria para señalar que la humanidad había llegado a un punto culmen de realización de sus promesas. Kojève, al retomar a Hegel, planteaba que la dinámica de la historia estaba en la lucha por el reconocimiento. Una vez lograda esta meta, el ser humano llegaba a un límite de satisfacción de sus necesidades. Ese era el fin de la historia. Si bien él modificó el culmen de la historia — primero fue Stalin y el comunismo, luego la democracia norteamericana y por último la sociedad japonesa —, su pensamiento transpiraba en forma simultánea el viejo ideario de progreso universal y un cierto cansancio con el devenir concreto de Occidente.

Por ello el planteamiento de Kojève ha servido para alimentar tanto a los desencantados con la cultura occidental, los poshistóricos como tales, como a los profetas de un nuevo fin de la historia, esta vez encarnado en el liberalismo. Entre los primeros hay tendencias críticas coincidentes con la escuela de Frankfurt, pero también tendencias conformistas y hasta neo-conservadoras.<sup>49</sup> Entre los segundos se destaca el politólogo norteamericano, Francis Fukuyama. Este retoma de Kojève la idea de que la historia debe tener una meta. A la lucha por el reconocimiento, Fukuyama agrega la búsqueda de satisfacción del deseo. El primero llega a su culmen con la democracia, el segundo con las economías liberales, ambas integradas en las sociedades capitalistas de Occidente. El fracaso del socialismo real marcó, a su juicio, el punto final de esa historia. No hay ya más competidores serios al modelo occidental. Como en una caravana gigante, con una que otra carreta

---

<sup>48</sup> Lutz Niethammer, *Poshistoire. Has History Come to an End?*. Londres: Verso, 1994. El texto de Fukuyama (*El fin de la historia y el último hombre*. Bogotá: Planeta, 1992) lo analizaremos más tarde. Nos apoyamos también en Perry Anderson, *Los fines de la historia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1992.

<sup>49</sup> En esto Niethammer (*Poshistoire...*) retoma lo ya reseñado de Habermas en la introducción de este ensayo: la cercanía entre posmodernismo y neoconservatismo.

desviada temporalmente, la humanidad ha llegado a su meta después de haber cruzado un largo desierto.<sup>50</sup> Como se puede ver, Fukuyama coincide con la crítica posmoderna al marxismo y reafirma la idea de que la humanidad ha entrado en una nueva época poshistórica. Pero difiere en algo radical y es reiterar la vigencia del metarrelato liberal y resucitar el ideario de un destino común de la humanidad, cosa descartada por poshistóricos y posmodernos al unísono. Para acabar de confundir más el panorama, Fukuyama tiene más sintonía política con los neo-conservadores, pero se distancia en su valoración del liberalismo. Todos, sin embargo, coinciden en que “si se ha llegado al fin de la historia, es esencialmente porque finalizó la experiencia socialista”.<sup>51</sup>

Otra es la perspectiva de Joan Scott para tocar la misma arena movediza del posmodernismo.<sup>52</sup> Después de que la historia feminista incorporó a la mujer como otro sujeto histórico, fruto del ensanche de la historia social, Scott ve necesario dar un paso más y es repensar el oficio y cuestionar el conocimiento histórico desde la perspectiva de género. Con el posestructuralismo ella comparte la no correspondencia entre realidad e interpretación por lo que se acerca a una lectura de la historia desde el lenguaje. Así como para Foucault la categoría ‘conocimiento’ es la forma de ordenar el mundo, para Scott la categoría ‘género’ es la manera de organización social de la diferencia sexual y en el fondo de las relaciones de poder. Cuestiona la universalidad de las categorías que antes explicaban la historia, como la de clase, a las que además considera formas de identidad esencialistas. La perspectiva de género es, por tanto, la respuesta para una nueva forma de entender la historia y generar nuevas identidades, rompiendo de paso la aparente neutralidad política de los historiadores. Hay, sin embargo, el riesgo de universalizar de tal modo la categoría de género que reproduzca los defectos criticados a la de clase y resucite identidades esencialistas de nuevo cuño.<sup>53</sup> En todo caso, la postura de Joan Scott es un acercamiento

---

<sup>50</sup> La metáfora es bien diciente de la idea de progreso que subyace en el planetamiento de Fukuyama (*El Fin de la historia...* págs. 447-448).

<sup>51</sup> Perry Anderson, *Los fines...*, pág. 127.

<sup>52</sup> *Gender and Politics...*

<sup>53</sup> Acertada crítica de Dorothee Wierling “The History of Everyday Life and Gender Relations” en Alf Lüdtke (ed.). *The History of Everyday Life*. Princeton: Princeton University, 1995.

feminista al posestructuralismo más que al posmodernismo que hemos descrito. Pero, sin duda, contribuye con su grano de arena al relativismo sobre el conocimiento del pasado, por más componente militante que le quiera dar.

La antropología simbólica de Clifford Geertz aporta también su cuota al relativizar el conocimiento del 'otro', así él no se considere relativista.<sup>54</sup> Asume que el 'otro' es una subjetividad radicalmente diferente de la del investigador, enmarcada en sus propios códigos culturales irreductibles a los de otra cultura. Cuando más el investigador puede producir 'descripciones densas', textos, sobre los códigos culturales diferentes que respeten al máximo las voces de los otros. Esto, además de consecuencias metodológicas para la antropología y las ciencias sociales afines en la necesidad de construir dialógicamente los textos, se puede aplicar a la historia para la que ese pasado puede ser "otro país en donde se hacen cosas distintas" como dice Hobsbawm.<sup>55</sup> El relativismo subjetivo no se refleja tanto en Geertz, quien de todas formas se preocupa por conocer al 'otro', sino en sus epígonos que se interesan sólo por la forma de conocimiento y el discurso de la antropología. Como dice Gellner, para los posmodernos el objeto de la antropología no es el 'otro' sino los mismos antropólogos!<sup>56</sup>

Una reciente contribución a la ruptura con los paradigmas de la modernidad muy fructífera para las ciencias sociales son los Estudios Subalternos. Aunque definidos en forma estricta como crítica poscolonial se acercan a algunos elementos del posmodernismo.<sup>57</sup> Los Estudios Subalternos surgieron en la India en los años 70 como una alternativa interdisciplinaria de comprensión de los fenómenos sociales en el mundo colonial y poscolonial que marcaba distancias tanto del

---

<sup>54</sup> Véanse "History and Anthropology" su contribución al libro de Cohen, Ralph y Michael S. Roth. *History and ... Histories within the Human Sciences*. Charlottesville: University Press of Virginia, 1995 y la crítica de Ernest Gellner, *Postmodernism...*, cap. 2

<sup>55</sup> *On History...* pág. 233. Para Hobsbawm esta metáfora le sirve a la historia para evitar anacronismos, pero pierde su fuerza si se exagera al modo posmoderno.

<sup>56</sup> *Postmodernism...*, cap. 2.

<sup>57</sup> Para esta parte nos apoyamos en dos artículos publicados en *The American Historical Review* Vol 99, No. 5 de diciembre de 1994: Gyan Prakash, "Subaltern Studies as Postcolonial Criticism" y Florencia Mallon, "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History".

pensamiento nacionalista como del mismo marxismo, así se haya inspirado en este último. De hecho la categoría 'subalterno' es de raigambre gramsciana y los primeros énfasis en la subalternidad hacían eco de la historia social 'desde abajo'. Pero rápidamente se rompió con el molde eurocéntrico en el que se han vertido el marxismo y el nacionalismo. Si en un primer momento se enfatizaba el rescate de los sujetos subalternos, ahora esa tarea cede terreno a la crítica de los discursos dominantes coloniales y poscoloniales. Es una opción teórica y política que acerca los Estudios Subalternos al 'giro lingüístico' propiciado por Derrida y Foucault. Por esa vía se va dejando atrás una mirada ingenua sobre los grupos subalternos como si fueran homogéneos y con identidades puras, y al mismo tiempo se ganan herramientas técnicas para criticar los discursos dominantes contenidos en las diversas fuentes históricas. Pero se corre el riesgo, como lo señala oportunamente Florencia Mallon, de abandonar a los sujetos subalternos como categoría de análisis para reducirse a la crítica discursiva, riesgo que es común a muchas de las vertientes teóricas cercanas al posmodernismo. En todo caso los Estudios Subalternos representan una refrescante contribución desde los países periféricos a la crítica de la modernidad colonial y poscolonial. Ello se constata en que la influencia de esta corriente ha rebasado los marcos de la India y del sudeste asiático, al conquistar espacios académicos no sólo en África y América Latina, sino incluso en los países centrales.

Después de este breve recorrido por posturas cercanas al desafío posmoderno, que casi siempre niegan la etiqueta, conviene detenernos en sus consecuencias para la disciplina histórica pues sobre sus implicaciones para la sociedad ya hablamos cuando iniciábamos esta sección.

Aunque el posmodernismo es bastante vago y movedizo, constituye sin duda un nuevo intento de interpretación de la historia, o la poshistoria, con pretensiones universales. No deja de ser irónico que al demoler los metarrelatos que gobernaron a la humanidad en este siglo, se construya otro por la puerta trasera. El sólo pensarse como una 'condición' de grupos humanos que trasciende incluso el tiempo presente es bastante diciente. Para algunos es un sistema cerrado que no acepta dudas sobre sus principios.<sup>58</sup> Pero, en aras de la verdad, habría que reconocer que el

---

<sup>58</sup> Críticas de este estilo son desarrolladas por Ellen M. Wood y John B. Foster (eds.). *In Defense of History: Marxism and the Postmodern Agenda*. New York: Monthly Review Press, 1997.

posmodernismo es un metarrelato diferente de los anteriores: no se cree especialmente superior; niega la idea de progreso lineal; pretende romper el eurocentrismo y la centralidad masculina del pasado; y cuenta con mayores gérmenes de autodestrucción, comenzando por su misma imprecisión. Se trataría de una 'teoría' anti-teórica con categorías que son meros símbolos lingüísticos o construcciones analíticas que nada tienen que ver con la realidad. Parece que seguimos siendo prisioneros de herramientas teóricas, así sean sólo '*flatus vocis*', para entender lo que está más allá de nosotros.

El que sea o no un nuevo metarrelato no afecta importantes preguntas que se plantea el posmodernismo, preguntas que no son nuevas, pero tal vez sí incisivamente planteadas. Nos referimos a las críticas sobre el papel de las fuentes que no son meros calcos de la realidad; la dificultad de conocer al 'otro'; la necesidad de escribir textos que recojan muchas voces, no sólo la del intelectual; el peligro de anacronismo al reducir el pasado al presente; la existencia de mediaciones culturales, intereses y poderes en los textos o discursos; el eurocentrismo o machismo que caracteriza las interpretaciones comunes en la disciplina, aun en su producto más elaborado, la historia social; las pretensiones de superioridad y universalidad de ciertas teorías que no son sino construcciones sociales; ésto para no recavar sobre la manida crítica a la idea de progreso, el universalismo de los metarrelatos y el esencialismo de las identidades tradicionales. Estas críticas son justas y necesarias de plantear. El problema es cuando se mezclan con la duda sobre la correspondencia entre realidad e interpretación que lleva a los posmodernos a anular toda noción de verdad. Esto aniquila el conocimiento científico y le quita piso a las preguntas formuladas.

En su afán deconstruccionista el posmodernismo reduce la realidad a meros textos o discursos. No hay nada más allá del lenguaje. Como dice Lawrence Stone, en este giro lingüístico "los textos se convierten en una serie de espejos que se reflejan unos a otros, no arrojan luces sobre 'la verdad' porque ella no existe".<sup>59</sup>

En la postura posmoderna más radical, el pasado es mera creación del historiador. Las fronteras entre ficción y realidad, entre literatura e historia, se diluyen. Así no sólo se abandona la capacidad explicativa de

---

<sup>59</sup> "Notes: History and Post-modernism", *Past and Present*, No. 131, 1991, pág. 217.

la disciplina sino que el conocimiento histórico queda reducido a una simple construcción del escritor. Es evidente que con una tal postura la historia como disciplina pierde vigencia y por ello en sentido estricto no hay historiografía posmoderna pues es su negación absoluta.

Veamos otra alternativa de respuesta al dilema del conocimiento histórico, que permite además integrar al quehacer disciplinario algunas de las críticas a la modernidad sin que la considere agotada.<sup>60</sup>

### La (Nueva) Historia Cultural

Según Peter Burke, la historia cultural es casi tan antigua como la profesión de historiador.<sup>61</sup> Se podría remontar al Renacimiento cuando se postuló la historicidad del lenguaje. Sin embargo, las reflexiones por las relaciones entre sociedad y cultura que maduraron en el siglo XVIII y comienzos del XIX, fueron abandonadas por la escuela alemana de Von Ranke. Historiadores como Buckhardt, Huizinga, Toynbee y Spengler fueron quienes reasumieron el tema de la cultura, pero entendida como producción artística y/o conjunto de ideas. A juicio de Burke, esa (vieja) historia cultural tenía cuatro problemas principales que exigieron su renovación: a) estaba suspendida en el aire pues ignoraba la sociedad; b) suponía un consenso cuando no una unidad cultural que no era cierta ni para las élites ni para los sectores populares; c) igualaba cultura a tradición o legado, ignorando las dinámicas de adaptación y cambio cultural; y d) se reducía a la 'alta' cultura de las élites.<sup>62</sup>

Tal vez por diferenciarse de esa forma de ver la cultura hoy se habla de nueva historia cultural. Pero el cambio va más allá de la etiqueta de

---

<sup>60</sup> Por supuesto que la propuesta de (nueva) historia cultural no agota las posibilidades de recrear la disciplina histórica, pero tal vez por su cercanía al giro lingüístico es la que más puede recoger elementos críticos del desafío posmoderno sin 'comprar' sus recetas. Patrick Joyce menciona, por ejemplo, una 'nueva historia social' en Francia que emerge de las últimas generaciones de Annales. Aunque está ligada a la Sociología de la Acción (cuyo exponente más conocido es Alain Touraine) reacciona también contra el estructuralismo. Otro desarrollo historiográfico, menos prometedor a los ojos de Joyce, es el 'giro lingüístico' Inglés promovido por autores como Gareth Stedman Jones. Allí la fijación contra el determinismo oscurece una propuesta que se vuelve monotemática ("The Return of History", págs. 232- 235).

<sup>61</sup> *Varieties of Cultural History*. Ithaca: Cornell University, 1997.

<sup>62</sup> *Ibid.* págs. 185-190.

novedad. Hoy se ve la cultura como un producto tanto de procesos materiales como de las dimensiones espirituales de los seres humanos. No se mira sólo a las élites sino también, y a veces casi exclusivamente, a los sectores populares. Lejos de pensar en una homogeneidad, se ve la cultura multiplicada y con gran relativismo, hasta el extremo posmoderno ya criticado. Por último, no se enfatiza sólo la tradición y los componentes invariantes de la cultura, sino todos los procesos de transformación de ella.<sup>63</sup>

La historia cultural que hoy se practica es resultado tanto de las transformaciones de la historia social, como de un nuevo acercamiento a la antropología, principalmente, y en segundo lugar a la crítica literaria y la lingüística. Ya analizábamos el impacto de estas últimas en la historia, especialmente por medio de autores como Hayden White y Dominick La Capra. Consideremos brevemente los de la antropología para completar este cuadro.

El interés de muchos historiadores sociales por los grupos subordinados implicó una mirada muy antropológica de sus costumbres y tradiciones.<sup>64</sup> La preocupación común sobre la cultura acercó a las dos disciplinas, oxigenándolas, sin que se rompieran del todo las mutuas prevenciones.<sup>65</sup> La tensión entre ambas radica en la forma distinta de aproximarse a las nociones de tiempo y espacio. La historia teme la sincronía de la antropología. Esta última, a su vez, se preocupaba por la estrechez espacial —eurocentrista— con la que solía trabajar la primera. Estas, y otras diferencias como el énfasis en lo escrito de la historia y en lo oral de la antropología, se han ido superando por la incorporación de métodos de la una en la otra. Así hay ahora, como anota Clifford Geertz, antropólogos estudiando aldeas inglesas medievales e historiadores

---

<sup>63</sup> Ibid. págs. 194-198.

<sup>64</sup> Eduard Palmer Thompson, "History and Antropology" en su libro, *Making History*. New York: The New Press, 1994, págs. 200-225. Ese ensayo fue traducido al castellano y publicado en *Historia Social*, No. 3, invierno de 1989, págs. 81-113.

<sup>65</sup> Germán Colmenares así lo anticipó en sus últimos escritos: "Los desafíos más estimulantes... han provenido de la antropología. Su concepto central de CULTURA ha revivido una historia política exagüe, ha enriquecido el tratamiento de una historia intelectual y ha abierto territorios vírgenes... como el de la historia de las creencias populares" ("Sin Título", *Historia Crítica*. No. 4, julio-diciembre de 1990, pág. 44). Reconocía Colmenares, sin embargo, que en Colombia, al contrario del fructífero diálogo entre historiadores y economistas, era poco lo que se había avanzado con los antropólogos.

reconstruyendo el pasado de sociedades no-occidentales. En sus palabras, ambas disciplinas intentan entender al 'otro' distante en el tiempo o en el espacio, saliéndose o 'descentrándose' de su terreno clásico de análisis.<sup>66</sup> Preservando cada una su especificidad, han producido un rico diálogo, no exento de riesgos como los vistos en la sección anterior, pero que ha producido desarrollos como la (nueva) historia cultural. Analicemos su génesis para entender mejor sus contribuciones, límites y promesas.

La historia social que floreció entre los años sesenta y ochenta, en parte por influencia de disciplinas como la lingüística, la crítica literaria, la comunicación social y la misma antropología, evolucionó en muchas escuelas hacia una nueva propuesta cultural. Ello es claro en las recientes generaciones de *Annales*, especialmente entre quienes trabajan las mentalidades. Lentamente fueron abandonando las limitaciones del concepto de mentalidad tales como la homogeneidad social, el ser una estructura casi invariante, proclamar una excesiva autonomía de la sociedad y sustentar un modelo evolucionista.<sup>67</sup> Sin duda la historia de las mentalidades allanó el terreno para un creciente interés por la cultura.<sup>68</sup>

Aunque se notan influencias posestructuralistas, el 'giro lingüístico' que han dado algunos historiadores franceses contemporáneos es más histórico y por ende más fructífero. Tal es el caso, por ejemplo, de Roger Chartier y su trabajo sobre la lectura de los textos.<sup>69</sup> Para este autor es clave ubicar tres niveles en este proceso: el texto original (que bien puede ser oral); la publicación del libro; y los entendimientos tanto del primero como del segundo. En el tercer nivel se toca no sólo la cultura de élites, sino también las culturas populares. Estas últimas no se ven como resultado mecánico de determinaciones sociales, sino como un amplio campo de múltiples lecturas —no sólo de clase, también de género y

---

<sup>66</sup> Véase su ya citado ensayo "History and Anthropology". Una reflexión similar, desde la experiencia alemana de historia cotidiana, la hace Hans Medick, "Missionaries in the Rowboat? Ethnological Ways of Knowing as a Challenge to Social History" en Alf Lüdtke (ed.). *The History of Everyday Life...*

<sup>67</sup> Peter Burke, "Strengths and Weaknesses of the History of Mentalities" en *Varieties...*

<sup>68</sup> Esto es reconocido por autores distantes de esta tradición como E. Hobsbawm (*On History...* cap. 13) y E. P. Thompson ("History and Anthropology" en *Making History...*)

<sup>69</sup> "Texts, Printing, Reading" en Lynn Hunt (ed). *The New Cultural History*. Berkeley: University of California, 1989.

etnia —, en donde no está ausente una circularidad con los productos de las élites. Incluso para Chartier, el problema de la lectura y con él el del mundo de las representaciones, es tanto individual como colectivo. La lectura es también un rico terreno para estudiar el problema del poder y la hegemonía. Aunque los textos pretenden moldear conductas, la gente los lee en formas diversas, “la aceptación de mensajes y modelos siempre opera por medio de ajustes, arreglos y resistencia”.<sup>70</sup> Como se observa, la propuesta de Chartier, es una superación positiva de muchas de las limitaciones criticadas a la historia social con énfasis en las mentalidades, pero sin caer en el relativismo subjetivo.

La historia social también sufrió renovación en el mundo anglosajón, incluso entre quienes la construyeron. Aquí es inevitable la referencia a los trabajos de E. P. Thompson y Eric Hobsbawm. Thompson, en su último libro póstumo, señala que su acercamiento a la antropología fue necesario y productivo para entender las costumbres de los ingleses.<sup>71</sup> Este paso no sólo representó una mirada menos economicista del pasado sino que permitió replantearse problemas de la conciencia — para verla no como producto único y externo a la experiencia histórica — del poder y su teatralidad, y de la ‘racionalidad’ de los sin razón, es decir los disidentes de todas las épocas. De ahí su fascinación por William Blake o William Morris, a quienes dedicó importantes estudios biográficos. Esta mirada ajena de todo dogmatismo, incluido el racional, lo lleva a una crítica moral del presente desde el pasado, puntos que no están distantes de los señalamientos posestructuralistas. El, sin embargo, siempre confesó su inspiración marxista al tomar el materialismo histórico más como método que como teoría. Aunque Thompson no alcanzó a clasificarse como historiador cultural, sus ya clásicos libros han sido fuente de inspiración para quienes así se identifican.<sup>72</sup>

---

<sup>70</sup> Ibid. pág. 172.

<sup>71</sup> Véanse diversos ensayos en *Making History ...*, en especial “Agenda for Radical History” escrito originalmente en 1985.

<sup>72</sup> Tal es el caso de los participantes del Taller de Historia de Oxford, en especial de su figura sobresaliente, Raphael Samuel. Es diciente el cambio de nombre de la revista de este grupo, *History Workshop*, la cual, a partir del número 39 de 1995, suprimió el subtítulo de ‘órgano de historiadores socialistas y feministas’ por considerar que esas categorías limitaban un quehacer historiográfico más amplio, e igualmente presidido por un compromiso radical. El impacto en Norteamérica de la obra de Thompson es también notorio (Véase Suzanne Desan, “Crowds, Community, and Ritual in the Work of E. P. Thompson and Natalie Davis” en Lynn Hunt (ed.). *The New Cultural...*).

Eric Hobsbawm, por su parte, desde una mirada más racionalista defiende con ahinco los avances y promesas de la historia social.<sup>73</sup> Pero es sensible a la nueva agenda cultural llamando la atención sobre sus riesgos. Recava sobre la necesidad de diferenciar hechos de ficción, e insiste que la historia trabaja con los primeros. Aunque reconoce la dificultad en conocer el pasado por ser diferente del presente, cree que esa es la misión irrenunciable de la historia. A su juicio, aunque la disciplina pasa por una crisis de crecimiento, indudablemente ha progresado pues hoy se entiende mejor el pasado que hace unos años.<sup>74</sup>

En forma valiente, y no muy común en la intelectualidad contemporánea, Hobsbawm reivindica también su inspiración marxista. No acude al materialismo histórico en forma religiosa o dogmática, sino cuando es útil para entender fenómenos del pasado, especialmente de las sociedades de los últimos siglos. Sugiere tomar a Marx más como punto de partida que de llegada, como método y no como exégesis. La obra de Hobsbawm, siempre polémica pero en diálogo abierto con otros corrientes historiográficas, es la mejor expresión de esta inspiración. Su amplia experiencia en la profesión, junto con su profusa producción, lo convierten en el historiador vivo más importante del momento cuya opinión siempre se oye con interés en el gremio. Contrario a lo que se pensaría, Hobsbawm toma en serio el desafío posmoderno, aunque no esconde su dura crítica a lo que considera error o desviación.<sup>75</sup>

## La (nueva) historia

cultural recibe también impulso de otras dos escuelas que hasta hace unos años no tenían mucha figuración internacional.<sup>76</sup> Nos referimos a los énfasis en la microhistoria de los italianos y en la vida cotidiana de

<sup>73</sup> Ver sus recientes textos ya citados *The Age... y On History*.

<sup>74</sup> *On History*, pág. 69.

<sup>75</sup> Tal es el caso del ensayo crítico del texto de Richard Price sobre los cimarrones de Surinam. Aunque Hobsbawm le critica la falta de rigor en el uso de fuentes con diversa credibilidad y la ingenua pretensión de escribir un texto polifónico que termina siendo monofónico, reconoce que Price ofrece una buena descripción de la comunidad de cimarrones y de sus formas de resistencia a las ingerencias de los 'blancos' ("Postmodernism in the Forest" en *On History*).

<sup>76</sup> Nuestra pretensión en estas páginas no es hacer un análisis exhaustivo de todas las corrientes historiográficas contemporáneas, sino de los principales aportes a la (nueva) historia cultural. Por eso no tocamos aquí los desarrollos en Norteamérica, cuya academia tradicionalmente ha tenido más diálogo con los ingleses, o en Latinoamérica, más cercana a los franceses.

los alemanes. Aunque comparten terrenos comunes —ambas se enmarcan en la historia social—, tienen desarrollos específicos que conviene resumir en forma breve.

La contribución italiana a la historiografía es doble: la reducción en la escala de análisis —de ahí lo de ‘micro’—; y la construcción de un modelo interpretativo que Carlo Ginzburg designó ‘paradigma indicial’ —a partir de indicios producir conjeturas—. <sup>77</sup> De estos dos elementos surge la ‘escuela’ que jocosamente se conoce como la de los ‘historiadores detectives’ y que se expresa en la revista *Quaderni Storici*, fundada en 1966. <sup>78</sup> Los integrantes de esta corriente se consideran historiadores sociales muy preocupados por evitar los anacronismos en la reconstrucción histórica, en lo que coinciden con Foucault. Por esa misma vía se alejan de los modelos estructurales y se preocupan por el lenguaje. Pero al contrario de los posestructuralistas creen en la distinción entre hechos y reconstrucción, entre pasado y presente. No son, por tanto, relativistas y más bien insisten en la adecuada lectura de los textos desde los contextos. <sup>79</sup> Así proceden con quienes son su mayor preocupación, las gentes olvidadas en el pasado. Más que estudiar a los notables, escojen los casos al margen pues se supone que éstos arrojan luces distintas sobre el conjunto social de cada época. Así Ginzburg, por ejemplo, construye una prosopografía de los de abajo que también puede ser vista como una historia de las ideas populares. <sup>80</sup> Con un énfasis realista en la posibilidad de conocimiento, especialmente de las gentes sin historia, los italianos aportan sin duda a la historia cultural algo más que una escala diferente de análisis.

---

<sup>77</sup> Véase la selección de ensayos de la revista *Quaderni Storici*, publicados por Eduard Noir y Guido Ruggiero, *Microhistory and the Lost People of Europe*. Baltimore: John Hopkins University, 1991. De Ginzburg puede consultarse también *Mitos, emblemas, indicios*. Barcelona: Gedisa, 1989.

<sup>78</sup> Introducción al texto de Noir y Ruggiero, *Microhistory...*

<sup>79</sup> Aunque no falta quien trace puentes estrechos con inquietudes como las ya vistas de C. Geertz (Véase Giovanni Levi, “Sobre microhistoria” en Peter Burke, *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza, 1993, págs. 119-143).

<sup>80</sup> Esta característica que los diferencia del acercamiento homogenizante de las mentalidades ha sido causa de severa crítica por Dominick La Capra. Este ataca a Ginzburg de socio-centrismo dogmático y de populismo metodológico pues no sólo descuida la historia intelectual, sino que, supuestamente, hace una lectura sesgada de los documentos (*History and Criticism...* pág. 47)

En forma similar proceden los historiadores alemanes quienes enfatizan la vida cotidiana como objeto de estudio.<sup>81</sup> Aunque con raíces propias —la historia social desarrollada en los años sesenta en la Universidad de Bielefeld por Hans Ulrich Wehler y Jürgen Kocka—, esta corriente se nutre tanto de los historiadores anglosajones, como de los microhistoriadores. El contexto de esta producción historiográfica es definitivamente muy alemán: la preocupación por el pasado reciente de dicha nación, en especial desde la época nazi. Por ello participan por igual académicos e historiadores y gentes de las artes y de la cultura en general, todos practicantes de las fuentes orales.<sup>82</sup>

El esfuerzo conjunto sobre la historia cotidiana es un acercamiento a las dimensiones profundas del ser humano, más allá de lo que aparenta ser recurrente. Quienes la practican se alejan de la historia social que enfatiza lo colectivo, aunque coincidan con ella, particularmente con los microhistoriadores, en estudiar los seres anónimos. Por esa vía se acercan a las preocupaciones antropológicas sobre el conocimiento del 'otro' y a los estudios de género.<sup>83</sup> Al 'descentrar' la historia tradicional tocan, como ya vimos lo hizo Thompson, la irracionalidad en la historia. Esto, y el énfasis en lo particular, les ha merecido críticas aún de sus tutores, los pioneros de la historia social alemana de la escuela de Bielefeld. Sin embargo, es evidente que no se trata de una exaltación de lo trivial o de lo irracional por sí mismo, sino de un acercamiento a las relaciones cotidianas entre el individuo y la sociedad. Además, al contrario de sus contrapartes inglesa e italiana, en Alemania hay poca inclinación por lo tradicional y lo rural. En ese sentido hay menor predisposición a la romantización del pasado, que por demás es difícil teniendo presente la reciente historia alemana.<sup>84</sup>

Como se desprende de este suscinto recuento de las principales escuelas que alimentan la (nueva) historia cultural, los temas abordados son similares a los planteados por la posmodernidad, pero las respuestas son bien diferentes. Comenzando porque son propuestas desde la

---

<sup>81</sup> Para esta sección nos apoyamos en los citados textos de Alf Lüdke (comp.), *The History of Everyday Life...* y de George Iggers, *Historiography...*

<sup>82</sup> Alf Lüdke, Introducción a *The History...*

<sup>83</sup> Véanse las contribuciones de Hans Medick y Dorothee Wierling en *Ibid.*

<sup>84</sup> Georg Iggers, *Historiography...*, cap. 6.

historia, lo cual ya supone una diferenciación entre pasado y presente, distinción esencial para la práctica del oficio. Podemos avanzar más diciendo que la historia cultural contemporánea ha roto con el determinismo economicista y los modelos estructuralistas de explicación, sin negar que las estructuras, incluida la económica, constriñan la acción humana. Intenta romper también con la idea de progreso uniforme de la humanidad y con el eurocentrismo que caracterizó hasta hace poco la narración de la historia. A las identidades esencialistas que le apostaban los historiadores, viejos y nuevos, como nación o clase, se les oponen categorías como género o etnia a las que se considera, de entrada, socialmente construidas.

La mirada a la cultura es nueva en el sentido de verla menos homogénea, elitista e invariante. Permite además acercamientos a dimensiones del pasado hasta ahora descuidadas. Nos referimos a la vida cotidiana, los comportamientos racionales e irracionales de seres anónimos de arriba y abajo, y en general al mundo de las representaciones. Pero la propuesta implica no sólo el rescate de nuevos temas y actores, sino el (re)descubrimiento de la cultura como la instancia que otorga sentido a la acción humana. Así el funcionamiento de una forma económica, de un sistema político, la gestación de los nacionalismos, las prácticas guerreras o de convivencia ciudadana, los desastres ecológicos y la destrucción del medio ambiente, son también problemas culturales. Por esa vía se pueden postular síntesis históricas así sean por ahora meras lecturas entre fragmentos.<sup>85</sup> Si se enfatizan aspectos particulares del pasado, incluso en las dimensiones individuales, no se olvidan los contextos sociales mayores. Puede ser que la historia sea nuevamente una disciplina de lo particular, dejando en entredicho lo de 'total', pero no por ello es una historia vanal o 'light'.<sup>86</sup>

El énfasis cultural conduce, sin duda, a reflexionar sobre el lenguaje en que están vertidas las fuentes y las teorías que nutren a los historiadores, pero no necesariamente al relativismo posmoderno. Con Clifford Geertz

---

<sup>85</sup> Tal es el espíritu que anima a quienes hace comparaciones como la consignada en el libro de Frederick Cooper entre África y América Latina (Véase el ya citado ensayo de Florencia Mallon, "Dialogues..." en F. Cooper y otros, *Confronting...*)

<sup>86</sup> El término de historia 'light' es de Jesús A. Bejarano ("Guía para...", pág. 293). Aunque no deja de ser una tentación para algunos historiadores, creemos que es aplicado de forma impropia a los recientes desarrollos de la historia cultural, confundidos por el autor con el posmodernismo. A estas alturas debe ser claro que hablamos de dos corrientes historiográficas diferentes, o de una corriente como tal y de un pensamiento pesimista que socava los fundamentos de la disciplina.

podemos suscribir que lo que el historiador lee son interpretaciones de interpretaciones.<sup>87</sup> La nueva historiografía retoma de la historia social el convencimiento de que los seres humanos tienen alguna mínima comprensión de su pasado y que al dejarnos sus huellas lo interpretan.

Hay ya, entonces, una primera mediación cultural entre lo ocurrido y lo consignado por los actores para la posteridad. Otra será la mediación entre esas fuentes y nuestras teorías, también socialmente construidas.<sup>88</sup>

Hasta aquí no hay necesidad, como lo hace el posmodernismo, de negar toda noción de verdad. El pasado, ese 'remoto país en donde las cosas son diferentes', en realidad existió. Así nunca lo podamos conocer directamente, y siempre sea discutible su conocimiento, no podemos prescindir de él. Para que eso no ocurra surgieron y se profesionalizaron los historiadores. Obviamente que ese pasado es leído de múltiples formas. Allí radica la inagotabilidad del conocimiento y de la promesa de la disciplina histórica.

Hay alternativas a las teorías objetivistas o realistas del conocimiento que suponen un pasado calcado por las fuentes. Lynn Hunt y sus colegas historiadoras de la ciencia plantean un 'realismo práctico' como salida al dilema que nos ocupa: ni reproducción ingenua de la realidad ni pura imaginación. Para ellas la objetividad histórica es una relación interactiva entre sujeto interrogador, el investigador, y mundo externo, la realidad. Como hay muchas variantes en esa interacción, se requiere validar el conocimiento producido. Dicha validación, sin embargo, no es por medio de la experimentación sino por el consenso de las comunidades interesadas en esa reconstrucción, entre las que juega un papel clave la de historiadores. La tarea del historiador es leer los signos de ese mundo externo trascendiéndolos para encontrar los lazos invisibles, las estructuras, que si bien no determinan la acción humana, sí la constriñen. Así se construyen verdades provisionales y siempre disputables.<sup>89</sup>

---

<sup>87</sup> Punto desarrollado por Dorothee Wierling, "Everyday Life and Gender Relations", en Alf Lüdke, *The History...*, págs. 158-159.

<sup>88</sup> En esto podemos recurrir a los constructivistas que estudian las condiciones sociales en que surgen los paradigmas y a los historiadores sociales de la ciencia que desmitifican a los científicos 'heroicos'. Un sano relativismo en la ciencia no implica, sin embargo, anular su racionalidad (Appleby, Hunt y Jacob. *Telling the Truth...* pág. 192).

<sup>89</sup> *Ibid.* cap. 8. Para ellas, esa es la forma de cumplir la tarea democratizadora de la disciplina acelerada por la caída de los absolutismos y totalitarismos (pág. 276).

Jerzy Topolski, por su parte, propone un 'realismo puntillista' que describe, como su nombre lo indica, un contacto parcial y limitado del historiador con el pasado por medio de las fuentes. De ese contacto resultarían ciertas proposiciones básicas que constituyen el puente entre la realidad pasada y la narración histórica. En ese sentido, la narración histórica es una **construcción** y no una simple reconstrucción del pasado. Si la interpretación no contradice las proposiciones básicas es una candidata a un conocimiento 'verdadero' del pasado. Pero las verdades así producidas son abiertas e hipotéticas, tanto que en otro contexto pueden ser falsas. Lo que es peor, como nunca se podrán comparar definitivamente esas narraciones con el pasado, siempre habrá una sospecha sobre la verdad que encierran.<sup>90</sup>

Como se observa en estas dos propuestas —que no son sino una expresión del amplio debate que cobra fuerza en el gremio de historiadores— el conocimiento del pasado es aún un tema abierto. Esto, lejos de ser un problema, es una garantía para la transparencia con que debemos trabajar los historiadores. Lo grave sería no interrogarnos y suponer que ya está resuelto. En la polaridad entre realidad e interpretación, podremos tomar distintas posiciones —inclinarnos por el pragmatismo de Hunt y sus colegas o con Topolski afirmar el papel del historiador en la construcción del pasado—, pero lo que es ineludible, si hablamos de conocimiento histórico, es la interacción de los dos polos.

No se requiere ser posmoderno para comprender que realidad e interpretación están mediadas culturalmente. La objetividad añorada por Von Ranke, y compartida en el fondo por la Nueva Historia, ya no es posible. Pero sí es factible una plausibilidad del conocimiento que requiere estrategias racionales para alcanzarla. Esta es la gran contribución de la (nueva) historia cultural. Con Georg Iggers podemos decir que "con certeza todo recuento histórico es una construcción, pero es una construcción que surge del diálogo entre el historiador y el pasado; algo que no ocurre en el vacío sino dentro de una comunidad de mentes cuestionadoras que comparten el criterio de plausibilidad".<sup>91</sup>

Que la (nueva) historia cultural no constituye un nuevo paradigma es punto de consenso entre sus seguidores. Más aún, ellos son los primeros en indicar sus riesgos y limitaciones. Nos referimos, por

---

<sup>90</sup> "La verdad posmoderna...", págs. 183-187.

<sup>91</sup> *Historiography...* pág. 145.

ejemplo, al peligro de reducir toda la actividad humana a la cultura y con ello revivir un nuevo determinismo, ahora no material sino espiritual. Este culturalismo puede además alimentar la vieja prevención contra la política y prescindir de una actividad central en la historia humana. Por la misma vía, una exclusiva mirada a los grupos de abajo puede ser necesaria temporalmente para incorporar actores, pero en el largo plazo nos entrega un lado de la moneda. Un riesgo de similar tenor es que la excesiva fragmentación, combinada con una escala micro o individual, nos oculte el contexto más amplio en que transcurre la acción humana. Así podemos generar mitos particulares que, como los nacionalismos, terminen siendo contraproducentes para las comunidades imaginadas.<sup>92</sup> Igualmente grave puede ser el peligro de que en aras de desechar relatos universalistas como el liberalismo o el socialismo, dignos de crítica como lo es toda construcción humana, adoptemos ingenuamente nuevos universalismos que propongan identidades igualmente esencialistas, como puede ser el caso del género, la etnia o la raza. Pero la mayor tentación que debe evitar la historia cultural es relativizar tanto el conocimiento del pasado que prescinda de él y nos deje inmersos en el presente sin puntos de referencia y sin posibilidad de apelar a las enseñanzas de la diosa Clio. Eso sería correr el riesgo, descrito metafóricamente por Stone, de quedarse para siempre en un cuarto de espejos viendo hasta el infinito nuestro propio reflejo.

### Una breve conclusión de lo inconcluso

A lo largo de estas páginas hemos hecho un recorrido en torno a los problemas contemporáneos de la disciplina, en especial el de la verdad histórica. No podemos decir que el viaje ha concluido, sino más bien que debemos hacer una escala técnica para continuarlo. En asuntos de ciencia nada es definitivamente concluyente. Iniciamos con un acercamiento a la crisis del mundo contemporáneo, una de cuyas expresiones es la de la disciplina, en particular la de su mayor logro, la historia social. Vimos con la mayor atención posible las propuestas posmodernas, en medio del terreno fangoso que las caracteriza, para constatar que si bien hay preguntas justas, mas no nuevas, las respuestas anulan las premisas de la disciplina. Tal vez por ello pocos historiadores se definen como posmodernos; casi que es una contradicción de términos.

---

<sup>92</sup> Eric Hobsbawm dice que más que mentir el peligro del historiador está en ocultar esos contextos más amplios. "Porque todas las colectividades humanas necesariamente son y han sido parte de un mundo más amplio y complejo" (*On History...*, pág. 277).

Seguimos buscando dentro de las nuevas orientaciones culturales de la historia. De esta forma, a las preguntas posmodernas respondimos con la afirmación de la posibilidad del conocimiento histórico. Y con ello más que abandonar la búsqueda científica, la reafirmamos no sin antes interrogarnos por sus alcances y promesas. Recordemos de nuevo con Iggers que la verdadera alternativa a la herencia de la Ilustración, por más cuestionada que ella sea, no es el posmodernismo sino la barbarie.<sup>93</sup> Ante este cruce de caminos, las posibilidades no son regresar ingenuamente a los modelos teóricos criticados y menos dar el salto a la autoaniquilación.<sup>94</sup> Hay mucho por escoger si aún creemos que vale la pena ser historiador, es decir, conocer el pasado. De esta forma la crisis de la que hablabamos al principio no será destructiva, sino una encrucijada en favor del crecimiento de la disciplina histórica que mantenga sus promesas democráticas de contribuir a un futuro mejor que el que nos tocó vivir. Vienen a nuestra mente las palabras finales de Eric Hobsbawm al concluir su magistral libro sobre el corto siglo XX:

“Nosotros no sabemos a dónde vamos a ir. Lo único que sabemos es que la historia nos ha traído hasta este punto... Sin embargo, algo es claro: si la humanidad va a tener un futuro reconocible, éste no será la prolongación del pasado o del presente. Si tratamos de construir el tercer milenio sobre estas bases, fracasaremos. Y el precio de este fracaso, o lo que es lo mismo, la alternativa a una sociedad transformada, es la oscuridad”.<sup>95</sup>

---

<sup>93</sup> *Historiography...*, pág. 147. A no ser que sean lo mismo, cosa que nos resistimos a creer por ahora.

<sup>94</sup> Dilema ante el que nos quiere poner Jesús A. Bejarano en su perplejidad. Claro que, contradictoriamente, él señala luces a la salida del tunel o 'buenas noticias' como la renovación de la historiografía marxista, ciertos avances de la sociología histórica y aun de la historia cultural, y especialmente nuevos diálogos con las ciencias sociales, entre ellas con una economía 'menos formalizada'. Este último diálogo puede ser fructífero "siempre y cuando los historiadores recuperen su propio rumbo y en ello la economía no puede hacer nada para recuperarlo. Son los historiadores los que tienen la iniciativa" ("Guía...", pág. 329). Más allá del tono paternalista del consejo, que no deja de ser molesto, hay un reto para que los historiadores construyamos parámetros propios en torno a la verdad y al conocimiento histórico.

<sup>95</sup> *The Age...*, pág. 585.

## Bibliografía

- Althusser, Louis. *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI, 1968.
- Anderson, Perry. *Los fines de la historia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1992.
- Appleby, Joyce, Lynn Hunt y Margaret Jacob. *Telling the Truth about History*. New York: Norton Company, 1994.
- Ashley, David. *History without a Subject, the Postmodern Condition*. Boulder: Westview, 1997.
- Bejarano, Jesús Antonio. "Guía para perplejos: una mirada a la historiografía colombiana", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. No. 24, 1997, págs. 283-329.
- Burke, Peter. *La revolución historiográfica francesa*. Barcelona: Gedisa, 1993.
- Burke, Peter. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza, 1993.
- Burke, Peter. *Varieties of Cultural History*. Ithaca: Cornell University, 1997.
- Bonilla, Heraclio. "Diseño curricular de una licenciatura en Historia con énfasis en la historia de América Latina", *Historia y Pensamiento*, No. 2, julio-diciembre, 1997, págs. 7-15.
- Cardoso, Ciro F. S. y Héctor Pérez B. *Los métodos de la historia*. Barcelona: Editorial Crítica, 1976.
- Casanova, Julian. *La historia social y los historiadores*. Barcelona: Crítica, 1991.
- Cohen, Ralph y Michael S. Roth. *History and ... Histories within the Human Sciences*. Charlottesville: University Press of Virginia, 1995.
- Colmenares, Germán. "Sin Título", *Historia Crítica*. No. 4, julio-diciembre de 1990, págs. 41-45.
- Cooper, Frederick y otros, *Confronting Historical Paradigms*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1993.
- Dosse, Francois. *La historia en migajas*. Valencia: Ed. Alfons el Magnànim, 1988.
- Elias, Norbert. *El proceso de civilización*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Enciso, Patricia. "Y...¿Cómo anda la formación de historiadores en el país?", *Historias*, No. 1, 1992, págs. 31-38.
- Fazio, Hugo. "La 'Nueva Historia' francesa: Radiografía de una historia", *Historia Crítica*, No. 5, 1991, págs. 35-52.
- Friedlander, Saul (ed.). *Probing the Limits of Representation*. Cambridge: Harvard University, 1992.
- Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Bogotá: Planeta, 1992.
- Gellner, Ernest. *Postmodernism, Reason and Religion*. Londres: Routledge, 1992.
- Ginzburg, Carlo. *Mitos, emblemas, indicios*. Barcelona: Gedisa, 1989.
- Habermas, Jurgen. *The New Conservatism. Cultural Criticism and the Historians' Debate*. Cambridge (Mass): MIT press, 1989.
- Hobsbawm, Eric. *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Ariel, 1968.
- Hobsbawm, Eric. Entrevista con la BBC en *Socialist History*. No. 8, 1995.
- Hobsbawm, Eric. *The Age of Extremes*. Nueva York: Pantheon, 1994.
- Hobsbawm, Eric. *On History*. New York: The New Press, 1997.
- Hunt, Lynn (ed.). *The New Cultural History*. Berkeley: University of California, 1989.
- Iggers, Georg. *Historiography in the Twentieth Century: From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*. Hanover (Conn): Wesleyan University, 1995.

- Joutard, Philippe. *Esas voces que nos llegan del pasado*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Joyce, Patrick. "The Return of History: Postmodernism and the Politics of Academic History in Britain", *Past and Present*, No. 158, febrero de 1998, págs. 207-235.
- Kaye, Harvey. *The Powers of the Past, Reflections on the Crisis and the Promise of History*. Minneapolis: University of Minnesota, 1991.
- Kaye, Harvey. *Why do Ruling Classes Fear History? and Other Questions*. New York: St. Martin's Griffin, 1997.
- La Capra, Dominick. *Rethinking Intellectual History*. Ithaca: Cornell University, 1983.
- La Capra, Dominick. *History and Criticism*. Ithaca: Cornell University, 1985.
- La Capra, Dominick. *Representing the Holocaust*. Ithaca: Cornell University, 1994.
- Landes, David y Charles Tilly. *History as Social Science*. Englewood: Prentic Hall, 1971.
- Lüdtke, Alf (ed.). *The History of Everyday Life*. Princeton: Princeton University, 1995.
- Mallon, Florencia, "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History", *The American Historical Review*, Vol 99, No. 5 de diciembre de 1994.
- Niethammer, Lutz. *Poshistoire. Has History Come to an End?*. Londres: Verso, 1994.
- Noir, Eduard y Guido Ruggiero. *Microhistory and the Lost People of Europe*. Baltimore: John Hopkins University, 1991.
- Prakash, Gyan, "Subaltern Studies as Postcolonial Criticism", *The American Historical Review*, Vol 99, No. 5 de diciembre de 1994.
- Popper, Karl, *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1981.
- Poster, Mark. *Cultural History and Postmodernity*. New York: Columbia University, 1997.
- Scott, Joan W. *Gender and the Politics of History*. New York: Columbia University, 1988.
- Stone, Lawrence, *The Past and the Present Revisited*. New York: Routledge y Kegan Paul, 1987.
- Stone, Lawrence, "Notes: History and Post-modernism", *Past and Present*, No. 131, 1991, págs. 217-218.
- Thompson, Eduard Palmer. *The Making of the English Working Class*. New York: Vitage, 1966.
- Thompson, Eduard Palmer. *Miseria de la Teoría*. Barcelona: Crítica, 1981.
- Thompson, Eduard Palmer. *Making History*. New York: The New Press, 1994.
- Thompson, Paul. *The Voice of the Past*. Oxford: Oxford University Press, 1988.
- Tilly, Charles. *Roads from Past to Future*. Lanham (Maryland): Rowman y Littlefield, 1997.
- Tovar, Bernardo. *La historia al final del milenio*, II Vols. Bogotá: Universidad Nacional, 1994.
- Tovar, Bernardo y Carlos Miguel Ortiz (compiladores). *Pensar el pasado*. Bogotá: Archivo General de la Nación-Universidad Nacional, 1997.
- White, Hayden. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1973.
- Wilson, Adrian (ed.). *Rethinking Social History: English Society 1570-1920 and its interpretation*. Manchester: Manchester University, 1993.
- Wood Ellen M. y John B. Foster (eds.). *In Defense of History: Marxism and the Postmodern Agenda*. New York: Monthly Review Press, 1997.